EL MUSEO UNIVERSAL.

NUM. 4. MADRID, 15 DE FEBRERO DE 1859. AÑO III.

HISTORIA MARITIMA (1).

COMBATE NAVAL DE ALGORAN, EN EL MAR MEDITERRANEO. — AÑO DE 1570.

III.

Don Bernardino, viendo ya mediado el setiembre, y por lo tanto muy adelantada la época natural de las operaciones navales, perdió en las Baleares la esperanza de recibir noticias ciertas de sus enemigos.

El silencio de los barcos mercantes que topaba en la mar ó que arribaban á los puertos de aquellas islas, y la absoluta carencia de avisos oficiales, si pudieron en realidad tranquilizarle á los principios de la campaña, llegaron por último á ponerle muy sobre sí, y hasta en sospecha de sus propios confidentes.

Sabia á no dudar que de Turquía llegaran refuerzos de galeras de Barba-Roja, y conociendo el temple de este famoso caudillo y los odios que alentaba contra España, no podia creer en su inmovilidad durante todo un estío, y ya estaban á punto de caer sobre la mar los irregulares tiempos del otoño.

Vacilante en cuanto al acierto que necesitaba para no dejar abandonada ninguna porcion de nuestras costas orientales, habíase situado con laudable precaucion frente al centro de todas ellas, es decir, en las islas Baleares, segun *antes hemos dicho*; mas este cálculo razonable de esquisita estrategia pudiera ser á su vez inconveniente si por acaso se prolongase hasta la exageracion, cuando de los buques enemigos no fuese al archipiélago Mediterráneo la mas oscura noticia; porque entonces aquellos podrian recorrer á mansalva por toda su estension de levante la península española, y nuestras galeras contribuir á la impunidad por los propios medios con que querian evitarla.

En caso tan especial, ocurriósele al señor don Bernardino de Mendoza lo que tan en armonía se hallaba con su singular talento y esquisita prevision, y así arribó sobre la costa de España al puerto de Denia, montando en seguida los cabos de San Antonio y de la Nao para hacer rumbo á Cartagena.

Ganó este puerto á los 18 de setiembre, y sus recelos se convirtieron en asombro cuando le refirieron el caso de Gibraltar y las diligencias que se habian hecho para comunicárselo inmediatamente. Es decir, que los avisos andaban á la sazon desorientados por las islas Baleares, y que toda la culpa de aquella situacion, era debida al azar, mas bien que á una punible falta de precaucion, ó á un criminal esceso de indolencia.

Curado, pues, de un remordimiento inconducente, y solo dando treguas al furor que le inspiró lo sucedido para combinar la manera de castigar á los agresores, volvióse don Bernardino á la mar con toda su escuadra, *compuesta de los diez buques que hemos dicho*, dejando antes sus instrucciones al corregidor de Cartagena, para que le avisase de cualquiera novedad, y disponiendo su derrota de tal modo, que al fin lograse avistar á los enemigos, si por acaso no habian aun regresado á sus guaridas ordinarias.

Calculando que aquellos, tras de la alarma que habian causado, no se atreverian á navegar al amor de nuestras costas, puso don Bernardino las proas de sus buques hácia Argel, desde el puerto de Cartagena, es decir, al Este-Sudeste, acercándose á la plaza enemiga cuanto pudo, para bajar desde ella al Estrecho de Gibraltar por la costa de Africa. Y para que á favor de este movimiento no repitiesen los turcos sus fechorías en las poblaciones españolas con la misma impunidad que en Gibraltar, encargó al susodicho corregidor de Cartagena que le enviase á Oran el aviso de toda novedad, puesto que habia de recalar en este puerto y en el de Velez de la Gomera, para tomar en ambos lenguas de las naves enemigas (2).

Revolvió, con efecto, hácia Occidente tan luego como reconoció la ensenada de Argel á bastante distancia para no ser visto de las atalayas; y siguiendo la nueva derrota en los términos que la habia combinado, entró en el puerto de Oran sin el mas leve tropiezo.

Contradictorias fueron las noticias que allí se le comunicaron; y aunque las mas contestes eran que hasta trece buques de la armada enemiga habian repasado con rumbo hácia Argel, todavía por no ajustarse aquellas á sus deseos, ó porque viniesen de lenguas de moros, no quiso creerlas, y volvió nuevamente á la mar, costeando camino del Estrecho.

Las paces ajustadas á la sazon con los reyezuelos de la costa fronteriza, fácilmente habrian permitido á la armada española arribar á Velez; pero don Bernardino, siempre receloso y previsor, temió que en una parte le vendieran como en otra le habian engañado; y así anticipó la maniobra en la noche del 27 de setiembre sobre el cabo de Entrefolcos, despues de haber orzado la mar adentro diez leguas antes de Melilla para que los moros no pudieran denunciarle.

Pero era el caso, que en dicho cabo de Entrefolcos, no habria sido fácil averiguar el paradero de los turcos, por la misma razon que aseguraba el secreto de nuestra armada, es decir, por falta de habitantes; con lo cual, y puesto que nada podia resolver don Bernardino sin *adquirir algunas noticias positivas, despachó á Melilla*, allí dos leguas al Sudeste, uno de sus bergantines, el cual regresó algunas horas despues, en la mañana del 28, con la fausta nueva de hallarse Alí-Amet con todas sus fuerzas en Velez de la Gomera, que es al Poniente de donde estaban las galeras españolas, obra de veinte y cinco leguas poco mas ó menos; y que se entretenia en vender la presa de Gibraltar con una tranquilidad imperturbable.

Semejante noticia colmó los deseos de nuestro famoso capitan, así como los hechos positivos coronaron el éxito de sus operaciones. Para que estas no resultaran al cabo infructuosas, echó en tierra algunos esploradores con

(1) Véase el número anterior.

(2) «Y porque me parece que por esta costa no volverán estos navíos, pues son tan pocos, he acordado de ir por la de Berbería, por-

que por ella tengo por cierto que se toparán, si el tiempo no es tan contrario que nos estorbe de hacer lo que tengo pensado, que es ir lo mas cerca de Argel que el tiempo consintiere y volver hasta Oran; dos de dejo dicho al corregidor de aquí que me avise si en esta costa se mostrasen los navíos, y si no hubiere nueva dellos, vendré por la misma costa hasta Velez de la Gomera y de allí al Estrecho, donde no habiendo nueva de ellos será cierto son vueltos á Argel, y si en esta hora no son llegados, tengo esperanza que se ha de hacer alguna buena cosa. Dios lo encamine pues la causa es suya.» *Archivo General de Simancas*: Estado, legajo 17, carta del señor don Bernardino al emperador, fecha en Cartagena á 19 de setiembre de 1570.

órden terminante de prender á cuantos moros se acercasen y pudieran descubrirle. Mas como quiera que la vigilancia no estuviese olvidada tampoco de parte de los enemigos, estos enviaron el 29 dos corredores á caballo, para que situándose durante el dia precisamente en la punta del cabo de Entrefolcos, como la que mas sobresale hácia el Norte por toda aquella costa desde Velez hasta Orán, diesen aviso instantáneo de cualquier novedad que en el mar se apercibiese.

Tuvieron los soldados de don Bernardino la mala fortuna de no prender mas que al uno de ambos moros; y aunque á este regalaron y pusieron en libertad, á ver si por la codicia otra vez los dos volvian, puesto que tal no sucedió, se vió forzado el general de nuestra armada á salir á la mar y ponerse en franquía, por lo que pudiesen intentar los enemigos.

El 30 en la mañana abandonaron, pues, las galeras de España el cabo de Entrefolcos; y con las proas al Norte, *no tardaron en arribar* á la isla de Alborán ó Arbolán, como don Bernardino la llamaba, en la cual pernoctaron aquella noche, no bien penetradas del triunfo que el nuevo sol habia de alumbrarlas.

IV.

Puesta en los 28° 36′ de lat. septentrional, y á los 39′ de long. al Este del meridiano de Madrid, está la isla de Alborán, pudiérase decir equidistante de ambas costas, la de España por donde el Adra cae al mar, y la de Africa por el cabo de Entrefolcos.

Dirigióse á ella don Bernardino desde el último punto donde habia recalado, por dos razones á cual mas poderosas, á saber: que si los turcos tenian noticia de su proximidad y trataban de esquivar un encuentro, naturalmente habian de apartarse del cabo susodicho, inclinándose hácia las costas españolas hasta reconocer el cabo de Gata, con lo cual ya podian torcer al Sudeste y *ganar el puerto de Argel sin gran peligro*; y si no sabian que las galeras de España andaban por allí, era muy fácil que, habiendo realizado el importe de los cautivos y despojos sacados de Gibraltar, trataran de no abandonar aquellos mares sin dejar nuevas huellas de sus piraterías.

En el primer caso, y puesto que navegando por rumbos directos desde Velez de la Gomera hasta el cabo de Gata, era forzoso pasar rozando con la isla de Alborán por el Norte de ella, es evidente que la situacion elegida por don Bernardino no podia ser mas estratégica; y en *el segundo, suponiendo que la armada turca procurara* ganar terreno hácia su retirada, aun tratando de dar un nuevo golpe de mano en las costas españolas, tanto para tener aquella mas espedita, cuanto por no tropezar con la alarma que en todos los fuertes al Occidente de Málaga habia causado ya, tambien la isla de Alborán tenia que ser punto de recalada forzosa, ó á lo menos de observacion en semejantes operaciones.

Unicamente en el caso de no haber sabido Alí-Amet que don Bernardino y las galeras estaban en el cabo de Entrefolcos, y de querer retirarse sin mas ruidos, *pudiera haber sido conveniente la permanencia de los* españoles en este punto; mas como aquello no era favorable, ya se echa de ver que el cambio realizado no podia ser mas oportuno ni mejor ajustado á las reglas de la estrategia (3).

Con todo, y para no someterse absolutamente á una sola proposicion, puesto que en el ánimo del caudillo español estaba el deseo de buscar á los turcos y pelear con ellos, todavía, *apenas amaneció el primer dia de* octubre, volvióse á dar al mar don Bernardino con toda la escuadra de su mando, y sin intento de abandonar la isla, se puso á cruzar enfrente de ella con rumbos alternados de una á la otra costa, inclinándose mas particularmente al lado de la de Africa.

Navegando á un largo las fuerzas españolas del Nordeste al Sudoeste con viento Sudeste, descubrieron la armada turca desde las gatas respectivas los vigías de todas las galeras, la cual venia de vuelta encontrada, segun don Bernardino lo habia previsto.

Ni la superioridad de los turcos, así en buques como en gente y armamento, ni la ventaja de tener el barlovento á su favor cuando apercibieron á los españoles, de manera que procuraron siempre conservarlo, mermaron el ánimo de don Bernardino, ni influyeron en el arrojo de sus gentes. La primera ventaja la habian anulado siempre nuestros hombres de guerra en todos los encuentros tenidos con los turcos, y la segunda era entonces de poca monta, en virtud del uso que se hacia de los remos.

Así, pues, el caudillo de los cristianos solo pensó en arrojarse *al combate con la seguridad del triunfo*, para satisfacerse de la reciente injuria de Gibraltar, y al efecto dispuso sus buques en línea de batalla, tomando él para sí el centro del escuadron, como entonces hacian de ordinario los capitanes generales de las armadas, y encomendando el cuerno derecho á don Enrique Enríquez, y el izquierdo á don Pedro de la Guerra, caballero de calidad y muy estimado de don Bernardino por la pericia y el valor con que en tales ocasiones solia distinguirse.

El alborozo de los turcos, fiados en la superioridad de sus buques, trájolo el viento hácia las galeras españolas con los sonidos de sus tambores y añafiles, que no de otra manera solia arengarse entonces desde la capitana á todos los navíos de un armamento en las ocasiones de la guerra.

Hiciéronse, pues, los zafarranchos en ambas escuadras, y enderezando los rumbos una á otra, poco tardaron en jugar la artillería que llevaban los buques en sus castillos de proa. Adelantáronse los turcos en esta operacion, como menos seguros de sus ventajas personales, y así las galeras españolas reservaron los tiros de sus bombardas hasta que estuvieron á punto de aferrarse con sus enemigos. Entonces una rociada general, que inició la capitana y siguieron las demás, *cayó como granizo* sobre la armada de los turcos y á boca de jarro; de manera que fue de harta consideracion el daño que con ella recibieron, no habiéndose desperdiciado un solo tiro.

Tocóse acto continuo al abordaje, siempre seguido instantáneamente á la primera descarga, segun la táctica de entonces, é inmediatamente se aferraron unos á otros los buques de ambos armamentos, para hacer de cada cubierta un campo de batalla, donde se luchase cuerpo á cuerpo.

*A la galera de don Bernardino abordaron con impe*tuosa furia los dos principales de la armada contraria, á saber: la capitana donde estaba Alí-Amet y la mas temeraria de todas que el famoso Caramani guiaba como caudillo; y puesto que del éxito de este combate parcial estaba pendiente la victoria, ya se debe suponer el encarnizamiento con que se pelearia de una y otra parte. A los esforzados españoles que andaban al remo por sus culpas, hízolos desherrar don Bernardino para aumentar el número de sus combatientes, puesto que la multitud de sus enemigos le tenia harto oprimido; con lo cual algo se *reanimaron los soldados de nuestra capitana*, y no poco vió quebrantada su osadía la soldadesca de los turcos.

En el primer empuje entráronse á la vez unos y otros combatientes por la respectiva galera contraria; pero ya restablecida la accion, fueron los enemigos arrojados de la nuestra, y entrada la de Caramani por los soldados españoles. La resistencia que infundia con su ejemplo aquel *valiente capitan*, y los *certeros disparos de flechas* y arcabuces que por estribor hacia sobre la galera de don Bernardino la fuerza que Alí-Amet tenia en la suya, pusieran á la nuestra en gran aprieto, si la esperiencia del caudillo cristiano no hubiera hecho cargar todo el peso de sus fuerzas á la banda de babor, inclinando de este lado la galera, y levantando así una muralla contra los disparos enemigos con la obra muerta de la opuesta banda. Con esto multiplicáronse los esfuerzos que se hacian para rendir la galera de Caramani, cuando quiso la buena fortuna de don Bernardino que una saeta disparada *de su mano, fuese á herir mortalmente á su ene*migo. Remataronlo de dos arcabuzazos los soldados españoles é inmediatamente la bandera cristiana sustituyó en el alcázar de popa y en los topes de su galera, al pendon de la media luna. Era la ocasion mas oportuna y el momento favorable para lograr, por los sucesos posteriores, la victoria inaugurada tras tan dudosa pelea. Comprendiólo así don Bernardino de Mendoza, y sin dar treguas al furor de los combatientes, ni descanso á la chusma fatigada, revolvió prontamente sobre la capitana de los turcos, entrándola con tal ímpetu que en *breve la ganó hasta el árbol*.

Hay que hacer justicia Alí-Amet en esta primera parte de la accion, diciendo que supo mandar como esperimentado capitan y luchar como soldado valeroso; pero es lástima que las alabanzas no puedan ser mas estensas, puesto que al sentirse herido y con pocas esperanzas de defender su galera, ya casi rendida al poder de los cristianos, prefirió arrojarse al mar huyendo como el mas miserable de la plebe, mejor que mantenerse en el puesto de honor y lograr gloriosa muerte donde su oficio de capitan general se le imponia. Es verdad que procedió *con arreglo á su calidad y circunstancias*; pues, como ya se ha dicho, era un renegado de la isla de Cerdeña, de principios tan innobles como el hecho mismo que dejamos relatado.

Tras la fuga de Alí-Amet, toda la galera fue señoreada de españoles y abatidas sus insignias, con lo cual los buques enemigos que aun peleaban, desmayaron hasta el punto de rendirse, y los que pudieron desasirse de los nuestros encomendaron su salvacion á una huida vergonzosa, para lo cual no les fue de poco fruto el barlovento que siempre habian conservado.

No se consiguió este señalado triunfo sin harto duelo de los soldados españoles, pues además de los muchos y muy buenos que murieron en la encarnizada lucha de los dos abordajes sucesivos, salió el capitan general de nuestra armada con una herida de arcabuz en la cabeza, que hizo temer por su vida algunos momentos, y fue causa de que no se hiciese con vigor y espontaneidad la persecucion de los buques fugitivos (4).

Pero antes de terminar con esta circunstancia los varios accidentes de la batalla, bien será completar su relacion, toda ella curiosa por el valor de los soldados españoles y la fortuna de las armas cristianas.

El mayor nervio de la fuerza enemiga cargó sobre el centro de la línea de combate, tanto para resguardar á sus principales caudillos, cuanto porque desde luego se conoció que era en el propio lugar de nuestras fuerzas donde se ostentaba la insignia de don Bernardino de Mendoza. Tenia este general á su izquierda una galera mandada *por don Pedro de la Guerra*, á cuyo cargo, como ya se ha dicho, estaban sometidas todas las que en aquella banda peleaban; y así como vió cercana la ocasion de combatir, disparó con tal acierto su artillería contra una galeota enemiga que se le puso enfrente, que acto continuo la echó á pique, pudiendo revolverse contra otra que allí venia cercana. Ganóla tras esfuerzos poderosos, de manera que fueron dos á las que dió cabo aquel insigne capitan en todo el *curso de la pelea; logrando así* estorbar que acudiesen en ayuda de la de Caramani aquellas que mas estaban en sazon de protegerla cuando sucumbia.

Con la intencion fija en el mismo objeto con respecto á la de Alí-Amet sobre el ala derecha de nuestra capitana, estuvo á punto de sucumbir á los ataques de dos buques enemigos otro de los españoles, la galera *Santa Bárbara*, mandada por un tal Pedro Benitez, esforzado capitan, que no solo peleaba por la gloria de la cristiandad, sino tambien para vengar las injurias recientes de su *patria. Era natural de Gibraltar y con tanto calor* se arrojó en lo postrero de la lucha por entre los pelotones de sus contrarios, ya casi rendidos, que su furia fue causa de su propia muerte. Diósela, de un mosquetazo á boca de jarro, cierto moro de calidad en los momentos de rendirse su galera, por cuya razon murió este tambien acto continuo hecho pedazos por los súbditos de nuestro malogrado capitan, sirviendo de escarmiento á los otros colgado de una entena.

Otras tres galeras españolas prolongaban el ala izquierda de la línea de combate, y de ellas una pasó á *retaguardia, por no contar con mas gente de pelea que* sobre diez ó doce espadas. Formósele causa al capitan cuando llegaron á puerto, y lo mismo al de otra galera sutil que desde el cuerno izquierdo cayó tambien á retaguardia; pero ambos probaron su inculpabilidad, y así vino á ser acto de prudente cautela lo que á los principios se atribuyó á consejos de la cobardía.

Las dos restantes pelearon gallardamente, rindiendo *una cada cual y poniendo á otras tres fuera de combate*, tan desmanteladas por la artillería, que no habiéndose aferrado con las nuestras, tuvieron por conveniente escapar á toda boga.

Esto baste, puesto que mas no podríamos decir sin ser difusos por lo respectivo al cuerno izquierdo de la batalla. En el derecho, y rozando con la galera capitana, ya hemos visto cómo se portó el malogrado Benitez, resguardando á don Bernardino de toda nueva agresion, cuando tan empeñado se hallaba con los dos bastimentos mas poderosos de los caudillos musulmanes.

Veamos lo que por la prolongacion de aquel costado sucedió con las demás galeras, de las cuales, una de las mas poderosas, llamada la *Santa Ana*, que era de las que corrian á cargo del señor don Enrique Enríquez, arremetió con una galeota turca muy gruesa y bien armada, y habiéndola entrado hasta el árbol, y teniéndola ya casi rendida, vióse con otra encima por la popa, que la abordó furiosamente. Con esto la mayor parte de los soldados tuvo que revolver sobre sus nuevos enemigos, para rechazar el abordaje; y á favor de la novedad, logrando zafarse la primera galeota, no sin notable quebranto, *marchó por el ala derecha de nuestra línea* de combate y acompañada de un bergantin, la retirada vergonzosa que otras tres por la izquierda estaban á la vez ejecutando.

Con esto la galera *Santa Ana* quedó desembarazada para pelear con aquella de los turcos que por la popa la habia acometido, dándose tan buena traza en la funcion que, á fuerza de arrojo, logró por último rendirla; mas no sin haber perdido hasta 11 soldados muertos y heridos 36, incluso el capitan, que lo fue de dos flechazos en una pierna.

Eran de escaso porte y no bien tripulados los otros dos buques de nuestra línea, en uno de los cuales, el penúltimo, se hallaba la insignia del señor don Enrique Enríquez, y el otro obedecia tambien á este ilustre capitan, por ser de los que corrian á su cargo.

El primero parece que se aferró con una galeota de los infieles cuando el combate comenzaba, teniendo la buena fortuna de rendirla sin mucha oposicion; y así se vió desembarazado para continuar en ayuda de los buques mas cercanos al estremo de su ala. Sucedió entonces el triunfo de la galera *Santa Bárbara*, de la cual pudo zafarse una de las galeotas que la *habian* combatido

(3) «Y como vi que éramos descubiertos, otro dia jueves en la mañana me puse á la mar, la vuelta de una isla que se llama Arbolan, *que está treinta millas del cabo de Entrefolcos, porque me pareció* que teniendo nueva de mi los enemigos se habian de apartar del cabo, y no teniendola habian de querer atravesar a nuestra costa á hacer alguna cosa.» *Archivo general de Simancas:* Estado, legajo 47, carta del señor don Bernardino de Mendoza al comendador de Leon, fecha en su galera el dia siguiente de la batalla.

(4) En una carta que escribió á la magestad del Emperador, el señor don Bernardino de Mendoza, desde Málaga á 22 de octubre, justificando la inmovilidad de sus galeras despues de la victoria, dice así: «porque algunas dellas quedaron de manera que en adelante no podrán servir, y será necesario mudallas, y que la mayor parte de la gente de todas ellas fue herida ó muerta, especialmente la gente de bien y principal, como V. M. verá por un memorial que envio.....» «Los navíos *que tuvieron de la batalla, fueron de manera* que habrán menester muchos dias para aderezarse del daño que recibieron; y si mas diez galeras no estuvieran tan embarazadas y asidas unas con otras, y yo no fuera tan mal herido, fuera escusado tener cuidado de lo que estos navíos han de hacer.» *Archivo general de Simancas:* Estado, legajo 47.

cuando la otra se rindiera; y con esto el señor don Enrique salió al paso á la fugitiva y la tomó tras cortísima pelea, bien que en ella se hubiere refugiado Alí-Amet, que desde aquel punto se rindió cautivo.

Muchos alientos infundió esta circunstancia á don Enrique, y avaro de gloria, con menos cautela que arrojo, llegóse á toda boga hasta la galera *Santa Bárbara*, cuando los soldados de esta se entretenian en el pillaje sobre la infiel que habian rendido. Supuso el precipitado caudillo que aquello era pelear; y dando oidos á su fantasía, antes que la debida atencion á la realidad del caso, mandó disparar su artillería con tan escasa fortuna, que los tiros fueron á dar en los soldados españoles. Quedaron siete muertos y diez ó doce heridos de este percance, del cual se apercibió don Enrique cuando ya el daño estaba hecho (5).

Con tan lamentable accidente dióse por terminada la batalla, pues al rendir don Enrique aquella galeota en que Alí-Amet trataba de fugarse, ya solo quedaba tremolando el pendon de la media luna en los cinco bastimentos que de antes se habian puesto en retirada á vela y remo aprovechando el viento favorable y toda la fuerza de su chusma.

El triunfo no pudo ser mas completo puesto que de los diez y seis buques de que constaba la armada enemiga, quedaron diez prisioneros y uno se fué á pique, muriendo en la lucha gran cantidad de turcos y moros, los mas prácticos en aquella navegacion, así como casi todos los arraces ó capitanes de alguna nota, incluso el Caramaní, el mas afamado y temido de todos ellos.

Tambien entre los cautivos, cuyo número ascendió á cuatrocientos veinte y siete, y cuya importancia levantó la de su capitan general Alí-Amet, quedaron muchas personas de cuenta; de manera que, como decia muy bien el señor don Bernardino de Mendoza á S. M. el emperador, difícilmente podria bajar nueva armada de turcos por aquellos mares hasta mucho tiempo despues, por la falta de capitanes que necesariamente habia de notarse.

De los cristianos que andaban al remo en los buques enemigos, rescatáronse 837, sin mas estipendio que el de nuestra buena fortuna; de manera que, aparte el natural sentimiento que causó á los españoles la pérdida de 130 que murieron en el combate, muchos de ellos personas de calidad, y casi todos los mejores, el de Alborán, tan glorioso en los fastos de la marina española, y tan importante á la fama imperecedera del señor don Bernardino, fue celebrado por la cristiandad como uno de los triunfos mas completos de los que en todo el siglo XVI reportaron nuestras armas en los mares de Levante.

José Ferrer de Couto.

(5) Varian mucho en su relacion respectiva cada uno de los generales españoles; y esta diferencia, producto del desacuerdo que reinaba entre los dos, introduce alguna confusion en nuestro ánimo para juzgar con imparcialidad aquel hecho y calificarlo con justicia. El señor don Enrique Enriquez, por ejemplo, en un memorial que envió al emperador sobre aquella victoria, dice: «Que va V. M sabe como en esta batalla que con los turcos hobieron, él rindió con su galera capitana una galeota, la primera que en dicha batalla se tomó, y luego que la hobo pacificado, socorrió á la galera *Santa Barbara*, que del cargo de don Bernardino, la cual habia ya rendido y muerto al capitan della, y á la mas gente de guerra que traia, de manera que los turcos la tomaran sin ninguna resistencia; mas como la victoria parecia ya por nosotros, la galeota que con ella estaba embestida, la dejó y se huia con el capitan Daliamat (Alí-Amet quiere decir), que habia pasado de la galera bastarda á esta dicha galeota por ser tan buena para huir: entonces allegó el dicho don Enrique y embistió la dicha galeota y peleó con ella y la rindió, y en ella tomó al dicho capitan Daliamat, el cual trujo á su galera, etc.... » El señor don Bernardino, á quien sin duda el emperador consultó las quejas del otro capitan, no esquivó la respuesta con la franqueza natural de su carácter, en los términos siguientes. «En lo que don Enrique dice que le he hecho agravio, no me maravillo que se queje de los cristianos, pues tan poco se pueden quejar de él los turcos; y es cosa de maravillar y de agradecelle que, con tan poca gente como traia, haya hecho tanto como dice, y quedado todos sanos. Doy gracias á Dios que conmigo ni con mis galeras no quiso hacer este milagro; y si todos nos diéramos tan buena maña como él dice que se dió, mas navíos tomáramos que los que traian los turcos en su armada; mas como le ha ido bien de quejarse otras veces, no puede dejar de hacello agora. Lo que en esto pasa es que él tomó una fusta de diez y siete bancos, que fue la menor de las que se tomaron, y algunos dicen que cuando la embistió se habian echado los turcos á la mar ó la mayor parte dellos: como esto es cosa que no vi no lo afirmo. Lo que vi es, que habiendo rendido á los enemigos, llegó con su galera cerca de la galera *Santa Barbara*, que estaba á mi derecha, y porque le pareció que los soldados que andaban saqueando una galeota que tenia tomada peleaban, dió un cañonazo á la dicha galera que mató siete cristianos y hirió diez ó doce. Fuera bien, cuando escribió esotras cosas, que no se le olvidara esto, pues era mas notable hazaña.» Como se echa de ver, no falta pasion ni encarnizamiento en la carta de don Bernardino; mas como quiera que todos los datos relativos á aquella batalla justifican la verdad de su informe, no nos estenderemos mas sobre este punto. Las cartas cuyos párrafos hemos trascrito, hállanse en el *Archivo general de Simancas*, negociado de Estado, legajo 47.

MONUMENTOS ROMANOS EN MERIDA.

Octavio Augusto, el divo emperador, el dulce padre de las Musas, el amigo de Virgilio, acababa de sujetar la última provincia que faltaba para que la península ibérica, entrase bajo el dominio de Roma, la señora del mundo.

¡El templo de Jano se cerraba, la paz estaba en el mundo!...

El divo césar saludaba esta era de felicidad, fundando una ciudad con que recompensar á sus veteranos; esta ciudad debia ser colonia romana, debia tener las mismas libertades que los ciudadanos de Roma, debia, en fin, llevar el nombre augusto del césar que echaba sus cimientos.

Los cántabros estaban vencidos, el arco de triunfo que habia de perpetuar en los siglos venideros la memoria de este hecho, era el de una poderosa ciudad, en que el arte y la civilizacion romana se escediesen á sí mismos.

Hoy no queda de ello mas que ruinas, tristes, abandonadas, que testifican el pasado esplendor y grandeza de una sociedad que ha desaparecido, pero que llena aun el mundo con sus recuerdos.

Orillas del Guadiana, en medio de una poblacion indígena como sostiene el erudito P. Florez, se levantaron aquellas soberbias murallas, cuyas ruinas son todavía el pasmo de cuantos las visitan, y en donde, como en Babilonia, los jardines se alzaban sobre ellas, hermoso tocado de tan gran dama. No es nuestro ánimo, ni es esta ocasion tampoco, hablar de las diversas opiniones que los historiadores hacen valer como innegables, apoyándose en sábias etimologías, acerca de su primitiva poblacion, griega, fenicia, y aun hija de los primeros pobladores, segun cada uno ama mas á Grecia, á los fenicios ó á los descendientes de Tubal.

Lo cierto es, que Mérida poblada por los veteranos del césar, es la ciudad de los acueductos, de las vías militares, de los circos, de los suntuosos templos; el convento jurídico mas poderoso de la península, la Emerita Augusta que encerraba dentro de sus grandiosas murallas, toda la vida, toda la civilizacion, todos los monumentos, todo el lujo, en fin, que la molicie romana habia llevado con sus águilas vencedoras á los mas opuestos confines de la tierra.

Emerita Augusta era la Roma de la Iberia.

Las ruinas que el tiempo no pudo sepultar en el olvido, esas ruinas que quedan aun de la que un dia fue tanto, vano giron que los hados enemigos respetaron, arista que no consumió el fuego de la destruccion de los hombres, atestiguan su pasada grandeza, su poderío, su hermosura de otros dias.

El viajero que recorre aquellos campos abrasados por un sol de verano que hace estéril la débil corriente del Guadiana, el que ve brotar bajo el arado del campesino los trozos de columnas estriadas, los bajo-relieves que la tierra cubre como para ocultarnos un tesoro, las estátuas, las lápidas, toda una vida, toda una civilizacion pasada; el que va desde el acueducto á la naumaquia en que se celebraban los combates navales, desde el circo al templo de Diana, desde el anfiteatro al arco de Trajano, siente llenarse su alma de una dulce melancolía, le deja que se remonte á los siglos pasados y levantando los arruinados templos, las murallas que encerraban un terreno de seis leguas de circuito, los castillos, los circos, todas las ruinas en fin, que cubre aquella tierra, y haciendo salir de sus tumbas los antiguos ciudadanos, con sus togas, sus clámides, sus cuadrigas, está seguro de haber vivido en el seno de otra generacion y otras grandezas.

Ha respirado el aura serena que parece vagar todavía sobre los hermosos versos de Virgilio, el cantor de Roma.

Ha oido la lengua del Lacio, resonar cadenciosa y melódica, en torno suyo; ha visto al *edil* cruzar el círculo del anfiteatro, y á la multitud ansiosa llenar la ancha gradería y agolparse al *podio*, y subir con los libertos y esclavos á los *cunei*, último término de aquella escala social que tan injusta hacia la libertad de la república romana.

Aquel suelo caldeado por el sol de Mediodía, abriga como semillas estériles, bajo la yerba y el amarillo jaramago de que nos habla el poeta, el gérmen de vida que le animó en otro tiempo. La moderna Emerita Augusta, lo mismo que Herculano, guarda bajo la tierra, apenas removida por el arado, los restos de aquella generacion que ha pasado sobre ella, y legado á los siglos, como un recuerdo, esas ruinas mas eternas que el tiempo, que la destructora mano del hombre no pudo esparcir por el suelo: pobres cenizas del gran coloso que todavía no han sido aventadas, restos insepultos que atestiguan la grandeza de su dueño, eco poderoso que repite en confuso la palabra querida de un numeroso pueblo.

Cuando se recorren los alrededores de Mérida, cuando se visitan las ruinas en que se muestra tan rica, entonces se comprende, cómo la antigua ciudad encerraba dentro de sus muros una poblacion tan numerosa, que tenia ochenta mil infantes y diez mil caballos de guarnicion; entonces se comprende cómo en sus murallas se levantaban tres mil quinientas torres, cómo le servian de entrada ochenta y cuatro puertas, y cómo sus monumentos, si no en número á lo menos en grandeza, igualaban á los de Roma.

Pero de estos últimos apenas queda otra cosa que un liviano recuerdo; cuando mas, envejecidas ruinas, cuyas rotas columnas, cuyos arcos desmoronados, cuyas gastadas inscripciones, apenas bastan al viajero para saber que allí fue donde tuvo su asiento la capital de la antigua Lusitania.

Dejemos para otra ocasion el hablar del circo, del anfiteatro y de la naumaquia, esos tres edificios públicos, levantados para servir á los colonos de la gran metrópoli; olvidémonos del arco triunfal erigido en honor de Trajano, del templo de Marte, en donde tal vez los veteranos de Augusto, los primeros pobladores de Emerita, sacrificaron al dios de la guerra para que les fuese propicio en su patria adoptiva, dejemos todo para hablar del acueducto, cuyas ruinas nos atestiguan su pasada fortuna, y del templo de Diana, esa diosa cazadora, hermosa como el primer albor de la mañana y pura como él, bajo cuyo techo, las jóvenes campesinas habian ofrecido á la divinidad protectora de la gran ciudad, el cervatillo blanco como la nieve, y que aun la víspera despuntaba las yerbas humedecidas por el rocío de la aurora en las cumbres cercanas.

De cuantos monumentos, el genio poderoso del romano levantó sobre la tierra que aun temblaba bajo el peso de sus victoriosas legiones, ninguno indica tan perfectamente el grado de esplendor á que habia llegado como el acueducto.

Esas inmensas moles é interminables hileras de arcos que unian casi siempre la sierra con el valle, el valle con la hondonada, esas tríples y cuádruples órdenes de arcadas por donde pasaba cristalina, brillante, pura, el agua que habia de llenar las fuentes públicas de las ciudades, ese costoso método que solo pudo inventarlo un pueblo que á todo se atrevia, y que solo la ciencia moderna, ese otro tirano á quien todo es posible, hizo inútil; esas obras jigantescas en fin, que en casi todos los sitios en donde se levantaron parecen desafiar al poder del tiempo y de los hombres, son demasiado notables para que nosotros no consignemos aquí un recuerdo á su grandeza.

No fue solamente el acueducto que venia desde la Albuera hasta Mérida, y al cual pertenecen las ruinas, cuya vista publicamos, el que estaba destinado á proveer de agua á la ciudad augusta, otros mas venian desde los manantiales cercanos, y completaban la gran obra de los engrandecedores de Emerita.

Todos ellos morian al pié de aquellos muros cuya grandeza indican hoy las miserables ruinas que restan de tan portentosas obras.

Pero el mayor de todos, el mas suntuoso, el mas duradero, el único que sobrevivió al cataclismo de los tiempos, que rompió todo como á débiles tallos que troncha el huracan, es el de que vamos á tratar en este artículo.

Nada se conserva de él mas que las pequeñas ruinas, cuya vista publicamos; sus arcos elevados, rotos, mordidos por el viento húmedo de las montañas vecinas, cubiertos de plantas trepadoras, solitarios, azotados por todas las tempestades, son los que hablan al hombre de hoy, de las generaciones de cuyo polvo vive. Esos olvidados arcos, levantados por un pueblo conquistador sobre un suelo conquistado, vieron pasar y pasar como mudas visiones, otros pueblos y otros conquistadores. Bajo sus arcos, el godo hizo resonar su palabra germánica, y el árabe vino á levantar á su lado la tienda que debia bañar con sus rayos abrasados el sol del desierto.

Allá lejos, en donde el agua desciende de todos los manantiales y arroyos de las cercanas colinas, que rodean la laguna de la Albuera y se precipita bullente y sonora sobre aquella superficie, en cuya orilla ha tenido en otros tiempos principio la obra jigantesca de que venimos hablando, se conservan todavía los vestigios de tan portentosa fábrica.

Para que el agua de esta laguna, distante una legua de esta ciudad, pudiese ser aprovechada, fue preciso encañarla y sobre altos y poderosos arcos hacerla atravesar el rio Albarregas que corre en una hondonada. Fue entonces, cuando se pensó en levantar el hermoso acueducto, el único del que queda un recuerdo vivo, en los escasos restos que se conocen en el país con el nombre de los milagros, nombre con que el pueblo espresó sencillamente su admiracion hácia tan grande obra.

Efectivamente llegó un dia en que los ciudadanos de la Emerita Augusta, sintieron palpitar bajo el suelo de la ciudad, el agua bullente de la Albuera, y en que al vivo rayo del sol que ilumina aquellas campiñas vieron asomar como un enorme reptil el acueducto que venia á tenderse al pié de los muros que ceñian la ciudad de Augusto.

Cuál fuese entonces lo suntuoso de su fábrica, puede verse por los pobres restos que de ella quedan, pequeños anillos del gran reptil que cada generacion fue quebrantando á su paso por la tierra.

Segun Moreno de Vargas, historiador de Mérida, tienen los arcos que se conservan hoy, muy cerca de treinta y dos varas, como lo confirma Ponz en su *Viaje de España*, siendo su construccion de piedra de grano y ladrillo. «La materia de estos edificios—habla de los acueductos—los mas célebres, segun el dictámen del maestro Esquivel, referido por Ambrosio de Morales, de cuantos los romanos hicieron en España, es un fortísimo argamason, cubierto en lo exterior con hiladas de ladrillo cocido y de cantería almohadillada, cuyas piedras son de un tamaño prodigioso (1).»

En tiempo del citado Moreno Vargas, se conservaba todavía, aunque en estado de ruina la caja ó depósito en donde se encerraba el agua para repartirla despues á los molinos que habia dentro de la ciudad, pues los romanos quisieron dar una muestra de su grandeza haciendo que las aguas de la Albuera que servian para dar movimiento á los molinos que surtian de harina á Mérida, viniesen á esta y moliesen el trigo dentro de la misma ciudad, evi-

(1) Ponz, *Viaje de España*, t. 8, pág. 114.

modo de este modo la trabajosa necesidad á que se veian obligados los vecinos, de ir hasta la cercana laguna por las harinas que necesitasen para el consumo diario de la poblacion.

Descubrense aun hoy las cañerías, todas ellas espaciosas y á propósito para el objeto que se las destinaba, tanto, que segun el testimonio de Ponz, tienen tres piés de ancho y *aun mas de alto, indicando esto que la opinion* de Moreno Vargas es fundada cuando escribe «Asimismo el residuo desta agua servia para batanes tintoreros y zurradores, porque del mismo aqueducto se conoce era tan copiosa que habia para todo esto y para regar sus jardines (2).»

De todos los monumentos que encerraba Emerita Augusta, ningunos tan interesantes para conocer el grado de esplendor á que habia llegado, como esa variedad de acueductos, de que solo queda su memoria, y que demuestran claramente cuáles eran las necesidades del individuo y de la industria, en aquella ciudad.

El de que venimos hablando, estaba destinado, como se deja conocer por lo que del hemos dicho, al servicio de la industria, y de su grandeza se deduce lo grande que debia ser aquella cuando los emperadores, que contribuian con su acostumbrada munificencia á todo lo que era aumentar el esplendor de la antigua colonia, no olvidaron al tiempo que levantaban arcos de triunfo y circos y templos y puentes y columnas, de dotarla de esos otros monumentos que si bien no servian para conmemorar ningun hecho próspero para el imperio y poder de Roma, eran necesarios sin embargo para el buen servicio de la poblacion y para su verdadera prosperidad y regalo.

Hemos dicho, y así lo aseguró el inglés Jhon Villampson *en 1752, año* en que visitó á Mérida, que bajo el suelo de esta ciudad estaba oculto el Herculano de España.

Esta verdad se comprende mejor cuando se visitan los alrededores de la vieja Emerita Augusta.

Inscripciones, estátuas, columnas, todo indica el pasado esplendor de la colonia fundada por Augusto, pero dentro de la ciudad de hoy, en aquellos sitios en donde *se descubren todavía* los restos de los diversos templos dedicados á las risueñas divinidades de la mitología, es donde se echa de ver mejor que en parte alguna lo rica que ha sido en monumentos de esta clase, la que fue tenida como una de las mas florecientes y magníficas ciudades del imperio romano.

Puede el lector juzgar de su hermosura, examinando los pobres restos del templo de Diana, cuya vista acompaña á este artículo, y que existen hoy en el triste estado en que esta los representa.

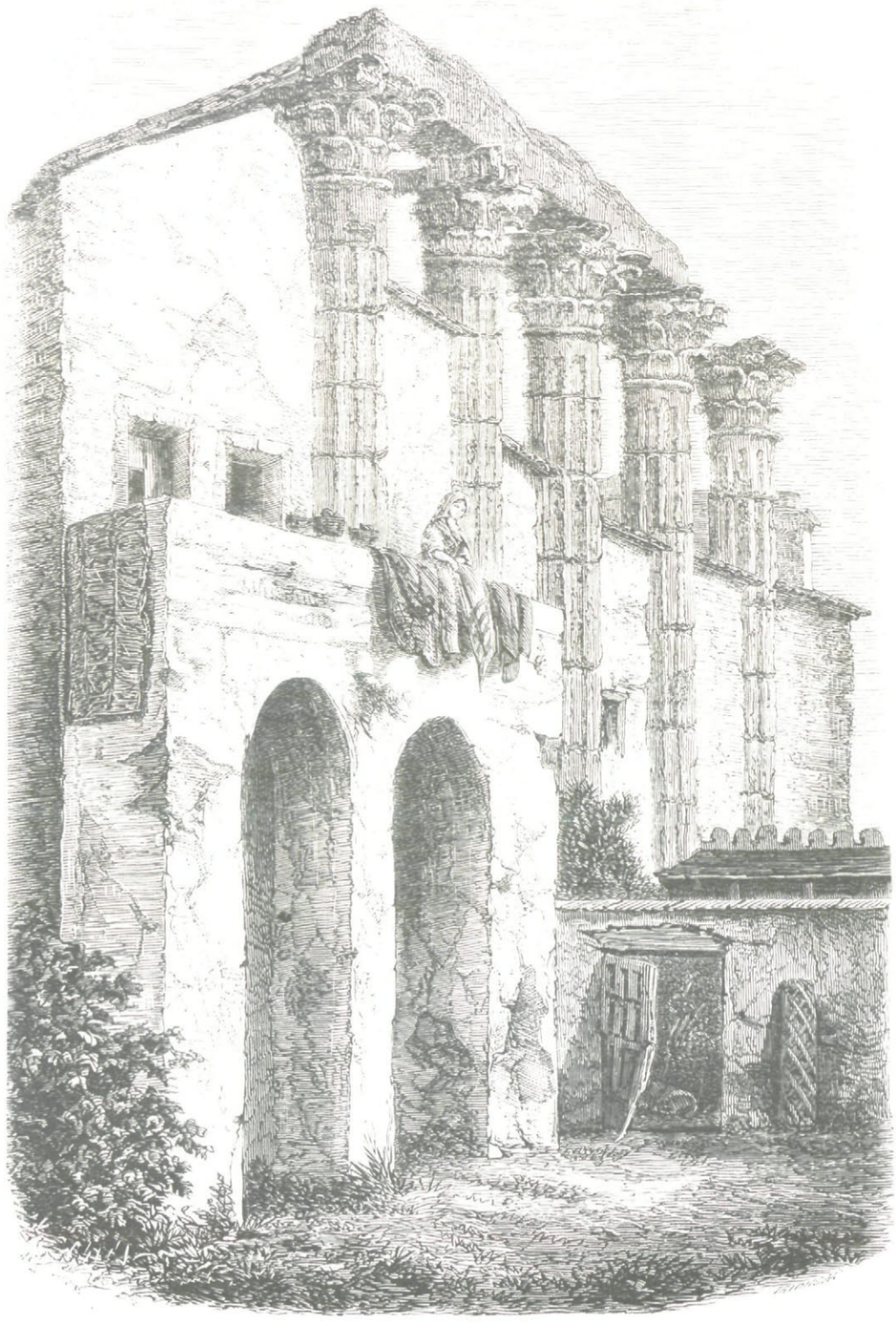
Diana, esa sonriente deidad del Olimpo que inspiró á los estatuarios griegos, *los primeros estatuarios del mundo*, y que tomó la forma mas pura y risueña de cuantas brotaron de la mano del hombre bajo el cielo del Adriático, Diana la casta, la diosa de los bosques y de las florestas, la que desde su carro tirado por ciervos blancos, vió pasar á Endimion, y concibió por él aquel amor inmortal que es el único amor puro é ideal que nos presenta la mitología griega, esa diosa que era adorada en la luna, pálido astro y melancólico que reina en la noche, tuvo tambien su templo suntuoso en Emerita, y allí recibió las ofrendas de las jóvenes doncellas que venian á poner bajo su proteccion la castidad, ese perfume suave y delicado de las almas *vírgenes*.

Casi en medio de la ciudad y en sitio alto y preeminente, dice un historiador, fundaron los romanos un templo á Diana, *que Guevara, el célebre obispo* de Mondoñedo, asegura fue suntuoso.

Si es cierto lo que dice Vitrubio, que los romanos solian levantar en lo mas elevado de las ciudades el templo del Dios bajo cuya proteccion se ponian, Diana debió ser la deidad protectora de Emerita Augusta.

La casa del conde de los Corvos, está edificada entre *una porcion de columnas istriadas*, de órden compuesto, pertenecientes al templo de que hablamos y cuyo solar ocupa la dicha casa.

Pertenece este templo á los que Vitrubio llama Periperos, por tener en el esterior de las cuatro alas ó costados, columnas que le sostengan y decoren con aquella magnificencia propia del arte clásico. Compuestas dichas columnas de diferentes trozos de piedra berroqueña, se levantan á una altura de mas de cuarenta piés, y enseñan al viajero las hermosas hojas de acanto, que coronan las columnas del órden compuesto. Ponz dice, que en su tiempo existian en pié diez y nueve columnas, y que las piedras que quedan del basamento y del arquitrave son grandísimas, respirando todo ello la grandiosidad de la *obra en que sirvieron; pero hacen* mas palpable esta verdad las palabras de Moreno Vargas, que escribe, que en su tiempo se hallaron cerca del templo, trozos de columnas istriadas, tal vez de las mismas que habian servido en otros dias para la fábrica del templo, y estátuas de dioses, y de romanos con sus togas y vestidos de aquellos tiempos, columnas que levantó la ciudad para aprovecharlas en otros usos. La hija pródiga se vestia ya con los harapos de su madre.



TEMPLO DE DIANA EN MÉRIDA.

«Mas yo me persuado mucho, dice el historiador de Mérida, deste edificio, fue el Septizonio de Roma que mandó edificar el emperador Severo el año 202 segun Flavio Destro, y aun imitacion, ó quizá por su mandado (pues hizo muchas obras *en las provincias* del imperio) los de Mérida labraron este, el cual era un edificio ilustre y soberbio como la lonja cuadrada con siete columnas de grande altor por cada banda. Así las tiene este de Mérida (3).»

Estas son las escasas noticias que podemos dar de tan soberbias ruinas.

La incuria con que siempre se ha mirado estas cosas en nuestra patria, y que hizo decir á uno de nuestros mas jóvenes y distinguidos poetas, *se matienen por un esceso de terquedad*, hace que estas preciosidades artísticas sean tan desconocidas en España como fuera de ella.

No será sin embargo porque los sabios y los anticuarios de nuestra *nacion, no* hayan tratado de conservar de ella todo cuanto les era posible. D. Luis José Velazquez en 1758, D. Francisco Perez Bayer en el año de 1782, y D. José Carnide en *1804*, han tomado lista de las principales ruinas que se hallan en Mérida, han hecho concienzudos dibujos y copias que nada dejan que desear al anticuario, pero desde entonces hasta hoy, nadie ha intentado proseguir aquellos *trabajos* y salvar de este modo su glorioso recuerdo del ingrato silencio del olvido.

La antigua Emerita conserva todavía grandiosos restos de su pasado esplendor con *que atestiguar* la grandeza de sus dias de gloria. Las estátuas, las rotas columnas, los mosáicos, las lápidas, el templo de Marte, el de Júpiter, el de la Fortuna, y el que consagraron al dios Augusto su fundador, los circos, los anfiteatros, los arcos de triunfo y trofeos, todos esos monumentos que otra generacion amontonó bajo aquel cielo que brilla un sol de mediodía, son bastantes á confirmar aquellas palabras que la admiracion por tan grandes obras arrancó á *un antiguo escritor*.

«E digo vos—esclama el moro Racis hablando de esta ciudad—que no ha home en el mundo que cumplidamente pueda contar las maravillas de Mérida.»

Tenia razon. La antigua Emerita Augusta, una de

(2) Moreno Vargas, *Hist. de Mérida*, pág. 37.

(3) Bernabé Moreno de Vargas, *Hist. de Mérida*, pág. 31 vuelta.

ACUEDUCTO DE MÉRIDA.

las mas grandes y mas principales ciudades del imperio romano, conserva todavia restos insepultos con que poder atestiguar su pasada grandeza y su poderio de otros tiempos.

MANUEL MURGUIA.

POETAS CONTEMPORANEOS.

AURELIO AGUIRRE.

I.

En una apacible mañana del último mes de setiembre, dejaba vagar el pensamiento en ese mar sin límites ni orillas que llaman imaginacion, como vagaba la vista por la estension del Océano que venia á postrarse vencido, bordándolas con orlas de espuma, en las rocas graníticas que sirven de asiento á la tan renombrada torre de Hércules ó Faro briganlino, orgullo de los hijos de la Coruña: torre romana del bajo imperio que ha visto cubrir su esqueleto con nuevos revestimentos, y adornar su venerable ancianidad en su parte interior con un vestido de papel pintado... Abstraido estaba en pensamientos vagos, indeterminados que á la vista del firmamento y del océano se sucedian en mi cabeza como las olas del mar sobre la arena, cuando al seguir las sinuosas vueltas de aquella orilla formada de peñascos y precipicios, quedó fija mi vista en el hueco de unas rocas donde el mar penetraba en apacible remanso.

Allí las olas resguardadas de los vientos por las piedras que señalaban la entrada del pequeño golfo, parecian adormirse al suave murmullo que producian, blandamente avanzando sobre la menuda arena. Y sin embargo, á la vista de aquel apartado lugar, no sé por qué sentí oprimido mi corazon de un vago sentimiento de melancolía. Habia oido contar una historia, bien triste á la verdad, á mi paso por el Ferrol, y al ver aquella playa, que me dijeron llamarse de San Amaro, recordé la temprana muerte de un poeta al que sin conocer habia llorado escuchando su trágico fin.

Pregunté, y en efecto, mi corazon no se engañaba. Allí, á corta distancia de la torre de Hércules, el coloso romano vió morir á sus piés otro coloso de inspiracion poética, que apenas daba los primeros sazonados frutos de su sentimiento y de su inteligencia, dejó rota en la playa de San Amaro su arpa de oro... El 29 de julio último las olas arrojaron á la orilla el cadáver de un hombre, que al buscar en las claras ondas frescura y consuelo para su ardiente sangre, encontró la muerte, que ó ellas traidoras le guardaban como envidiosas de su grandeza, ó que le dió su misma sangre agolpándose abrasada á su cerebro ardiente. (1) Aurelio Aguirre, el poeta de corazon y de fe, el hijo entusiasta de su patria, el consuelo de sus hermanos, el delicado amante de una mujer desgraciada, el cantor de la inocencia y de la virtud, dejaba de existir, cuando apenas las flores habian vestido sus galas primaverales veinte y cinco veces, desde el dia en que Dios le envió al mundo para endulzar las penas con sus cantares. Aquella inteligencia poderosa dejó de dar sus espléndidos destellos para anegarse en el piélago de luz de la eterna vida, donde únicamente podia encontrar digno reposo su espíritu entusiasta.

(1) Aun es cuestionable si Aurelio Aguirre al tomar un baño en la playa de San Amaro en la Coruña, el dia 29 de julio último murió ahogado, ó si pereció víctima de un ataque cerebral.

D. AURELIO AGUIRRE.

¿Quereis saber su historia? ¿Quereis buscar en ella alguno de esos hechos que tanto llaman la atencion del mundo con su pompa deslumbradora? No los hallareis: Aurelio Aguirre nació para ser poeta; para sentir y para cantar; para ver al hombre y á la sociedad con la penetrante mirada del genio, y á una y otra ofrecerle consuelo en sus cantares. No nació para ser el ostentoso girasol de los jardines, que alzándose orgulloso con su fastuoso ropaje, no tiene sino sombras para las humildes plantas que crecen á su lado, y ni un solo perfume que entregar á las áuras. Nació para ser la púdica violeta de los valles, que bajo la ancha hoja que la cubre esparce tesoros de aroma que llevan en sus alas las brisas del consuelo.

Su historia no es la historia del hombre como la comprende la sociedad. Es la historia del sentimiento, porque el sentimiento de lo bueno, de lo grande y de lo bello, es la poesía, y Aguirre era poeta, y nada mas podia ser que poeta.

Natural de Santiago de Galicia, esa ciudad tan pobre hoy como rica de monumentos y gloriosos recuerdos, el 23 de abril de 1833, bautizado en la iglesia de San Andrés Apóstol, habia tenido por padres al honrado comerciante don Angel Aguirre y á doña Josefa Galarraga, que desde las provincias vascongadas, de donde eran naturales, habianse establecido en la ciudad compostelana.—Apenas sus tiernos labios pronunciaban el dulce nombre del autor de sus dias, cuando la orfandad meció sus negras alas sobre su cuna... Aurelio á los cuatro años era huérfano de padre, y las primeras frases que tradujeron su sentimiento, fueron consuelos para su madre.

A los nueve años la instruccion primaria habia presentado á la poderosa mirada del niño, el ancho camino que á la luz de la gloria debia seguir el hombre. La universidad compostelana le abrió sus puertas. Durante cinco años bebió en sus áulas con ansiedad creciente ricos tesoros de literatura y filosofía en los cinco de la segunda enseñanza, recibiendo el grado de bachiller en esta facultad. En los tres años siguientes estudió el preparatorio para jurisprudencia, y á los diez y siete tenia aprobados los dos primeros de esta dignísima carrera, que sin embargo, con sus precisas reglas y severos estudios se prestaba poco al vuelo de su ardiente fantasía. Aurelio nació para ser pintor ó poeta; y en vano es querer torcer el curso de los decretos del Altísimo.

Durante los años 1846 y 1847, cursó con incansable afan en la Academia de dibujo de Santiago, y mas de una vez sus obras de arte como sus poesías llamaron la atencion de los que las admiraban viendo en ellas la vigorosa infancia de un genio superior.—A escitacion del ilustrado catedrático de la universidad compostelana, el doctor don Pablo Zamora, volvió á la carrera que habia emprendido, y como el talento donde quiera brilla, aunque fuera de la senda á que le llamaba su vocacion, el poeta fue aprovechado alumno de tercero y cuarto de jurisprudencia, último año que acababa de estudiar cuando le arrebató la muerte.

Esa es su historia social. Un modesto estudiante que acata las indicaciones de los que juzga superiores á él, y sigue con aprovechamiento una carrera a la que no le llama su inclinacion ni le lleva su genio. Y sin embargo, en medio de su vida de estudiante, tan monotona y regular, vedle alzarse *en alas de su inspiracion á conquistar* el lauro de poeta que entreviera en sus sueños de niño.

Ese jóven imberbe, de mirada penetrante, pero ligeramente melancólica, frente espaciosa que surca una precoz arruga de sufrimiento ó de meditacion, que vestido con modesto trage se cubre con los anchos pliegues de una corta capa, es Aurelio Aguirre. Su derecha mano sujeta distraida el cuello de la capa, y apoya la siniestra en un libro; que ellos eran sus eternos compañeros. Por un sentimiento artístico, muy propio de su genio, aborrecia los incalificables trages que para nuestro sexo ha inventado el siglo XIX, y por eso llevaba siempre la airosa capa que tan bien se prestaba por otra parte á su natural modestia.—Su única distraccion durante las horas que le dejaban libres las áulas, era difundir los conocimientos entre las clases pobres enseñándolas á leer y escribir; y conociendo que la prostitucion es con harta frecuencia compañera inseparable de la ignorancia, *entre las que de él recibian tan útil enseñanza*, se contaban algunas de esas desgraciadas, que respiran su álito emponzoñado. No fue una sola la que despues de escucharle, sintiendo renacer en medio de su abyeccion el sentimiento de su dignidad y de su pudor perdido, abandonó la vergonzosa senda para volver al difícil pero hermoso camino de la virtud.

Conocedor del mundo y de sus falsas pompas, habia visto bajo el lujo y brocados con que cubren sus asquerosas formas la ambicion y las bajas pasiones, la verdad de la farsa; y llevando hasta el estremo estas ideas, huia de la alta sociedad, en tanto que abrasado por caridad ardiente hácia los desgraciados, era su ángel consolador, viéndosele mas de una vez entregarles cuanto dinero poseia. Donde quiera que habia una lágrima que enjugar, un dolor que compartir, una miseria que socorrer, allí estaba incansable el jóven Aurelio... Por eso sus amigos le amaban tanto, los desvalidos le bendecian, los que sufrian le buscaban, y su tierna madre lloraba enternecida cada vez que oia referir algun nuevo acto de abnegacion ó de virtud de su amante hijo. Gallego de nacimiento y de corazon amaba con entusiasmo á su patria, y con su talento y con sus obras aumentaba una brillante hoja á la rica corona de recuerdos y glorias *que ciñen la noble frente de la desgraciada Galicia*. Ese país de tan pintorescos valles y tan fértiles montañas; ese país, tan digno como ridiculizado por una lamentable vulgaridad; ese país, cuyos hijos se juzgan por los desgraciados mozos de cordel que arranca una organizacion viciosa de aquel antiguo reino, á la agricultura y á la industria, y que sin embargo, en el pasado y en el presente, ha ofrecido ejemplos numerosos de genio y de sabiduría; ese país, del que por la preocupacion social quieren hasta renegar algunos de sus hijos, que, ó la ocultan al preguntarles por su patria, ó dicen con cierto rubor «soy gallego:» ese país, que sin embargo tiene hermosos puertos y ciudades mercantiles é industriales como la Coruña y Pontevedra; monumentos y establecimientos notables de enseñanza en Santiago; recuerdos que pudieran causar envidia á Herculano y Pompeya en Lugo, departamentos marítimos como el Ferrol, y sobre todo, que ha dado á España sabios como Feijoo, Fernando Boan y el P. Isla; prelados como el obispo Gelmirez y Alonso de Fonseca, protector de las ciencias en Santiago, y navegantes como los hermanos Rodales y Pedro Sarmiento.—Ese país, ha mecido la cuna de artistas como Villamil, Francisco Moures, Felipe Castro y Gregorio Hernandez en nuestros dias, y hombres de *ciencias y literatos como Pastor Diaz, Colmeiro*, Rua Figueroa y Neira de Mosquera; y de poetas jóvenes llenos de inspiracion como Ricardo Puente Brañas, Miguel Murguía y el desgraciado Aurelio Aguirre... Aguirre, cuyo nombre ha despertado en mi corazon el recuerdo de las glorias de Galicia, y un sentimiento de indignacion contra los que sin estudiarla la desdeñan... (1)

Ya conoceis á Aurelio: ya os he presentado al hombre social y al hombre moral, y en verdad que de uno ó de otro modo digno es de admiracion como de seguir su ejemplo. Ahora nos resta conocer al poeta, y para eso tenemos que estudiar sus obras. En ellas vereis su genio como en su vida habeis podido apreciar su corazon. Pero antes de que entremos á hacer su estudio, quiero deciros una historia, triste y melancólica como el recuerdo del bien que fue. Oidla, que es una historia de dolor, y el dolor debe hallar eco siempre en las almas buenas.

Cerca de la Coruña, á poca distancia de la ciudad, vivia una jóven que con la espansiva efusion del amor verdadero, amaba á un hombre que habia hecho llegar hasta su oido las frases del amor mas intenso. El amante vivia en la Coruña; y todas las mañanas cuando apenas el candescente disco del sol se alzaba de las ondas vistiéndolas su manto de púrpura y oro, se dirigia por el camino que pasa al pié de la torre de Hércules, y hallaba á la amada que venia á encontrarle, y á escuchar de sus labios las tiernas frases de su profunda pasion, ¡Cuántas veces las brisas marinas se alejaron repitiendo un canto *de amor que el doncel repetia á la elegida de su alma*, ó un juramento de ternura eterna, al despedirse la hermosa para volverse á ver al siguiente dia! ¡Cuántas promesas, cuántos sueños de gloria y de noble ambicion! ¡Cuántas plegarias por su felicidad! ¡Cuántas luchas y cuántas esperanzas! ¡Qué tesoros de amor y sentimiento si las rocas de la playa ó la jigante mole del faro pudiesen repetir cuanto escucharon en aquellos momentos de ventura y de felicidad, iluminados por el sol naciente y arrullados por el solemne ruido de las olas del Océano, digno eco del amor de un génio y la mujer que le comprende!...

Una mañana, la hermosa adelantaba anhelando llegase el momento de escuchar á su amado, cuando llamaron su atencion las voces de unas pobres pescadoras que avanzaban por su mismo camino en direccion contraria. Creyó entender lamentaban alguna reciente desgracia, y como su corazon era bueno, como el de que sabe lo que es amor, dirigióse á las pobres mujeres, y preguntóles *la causa de su llanto*.

—Qué ha de ser, señora, respondiéronla, sino que un caballero se entró á bañar allá bajo y no ha vuelto á salir.

—¡Pobre señorito, repuso otra! quién lo habia de decir cuando en Santiago enseñó á leer á mi hijo.

—¡Dios mio! gritó la hermosa, y rápida como el pensamiento se precipitó á la playa de San Amaro.

Cuando llegó, las aguas arrojaban un cadáver.

Era su amante... Era el poeta Aurelio Aguirre. . .

. . . . . .

Aquella mujer era cristiana, y por eso vive, si vivir es arrastrar una triste existencia minada por el sufrimiento. Lo que en la mañana del 29 de julio pasó en su corazon, solo sufriéndolo se puede comprender...

Hoy la madre y la amada lloran unidas la muerte del poeta.

Dios las consuele, que solo Dios puede consolar ciertos dolores.

J. de Dios de la Rada y Delgado.

(1) No se crea que el autor de las presentes líneas habla en defensa de Galicia, porque el amor de patria le impulsa á ello. En estremo opuesto, al Sur de España, en las costas de Andalucía, vió la luz del sol, y en sus establecimientos de enseñanza y en Castilla ha hecho sus estudios. Ningun vínculo le liga con los gallegos, ni obedece á otro impulso al escribir su pluma, que al sentimiento de la justicia, olvidado por la generalidad de los españoles al hablar de estas provincias del Norte de nuestra península.

El solemne aparato y grande popularidad que han adquirido últimamente en Madrid las *riñas de Gallos*, siempre famosas en España, nos ha sugerido el pensamiento de publicar el grabado que verán en otro lugar nuestros lectores, y de insertar una reseña facultativa que pueda darles una idea de este peregrino espectáculo.

Para ello, hemos tenido la fortuna de encontrar el siguiente precioso artículo, debido á la pluma de uno de los primeros literatos españoles, que vanamente oculta su nombre, siendo así que la originalidad de su estilo y novedad de su pensamiento, lo revelará á cuantos conozcan nuestras glorias contemporáneas.

CIRCO DE GALLOS DE RECOLETOS.

FUNCION DEL DOMINGO.

Con la jaca javada
Riñe el gallino,
Ella tira revuelos
Y él sube á pico.
—¡Cien por la jaca!...
—Van conmigo, Zurita—
—No, que hay patada.

Por esta seguidilla se podria seguir enchufando cualquiera otro artículo de gallos que no fuere el primero; pero como sea de costumbre diseñar el escenario donde se desenvuelve todo el drama, resuelvo que la seguidilla quede aislada y escueta como epígrafe sapiente de esos que los sabios en actividad toman á préstamo de los sabios en descanso, y paso al estilo narrativo pedestre que cunde á maravilla.

Es el caso que todo español de raza conoce á palmos la plaza de toros, en esto no cabe duda; pues bueno, para representaros el circo gallístico, reducid la escala de una plaza de toros, de métros á pulgadas, sobreponedle ademas un techo diáfano que quite á los carteles de anuncio la amenazadora cláusula *si el tiempo lo permite*; dádle asientos cómodos, paredes decorosamente vestidas, cortinas confortables y el abrigo, en fin, de que carecen en invierno las funciones de novillos; y asi tendreis una idea aproximada del circo; con sus butacas, gradas, lunetas, palcos y galerías, y en mitad de todo su diminuto *redondel*.

En cuanto al concurso no hay mas que reducir el número de ciento á uno, mezcla de todas las categorías sociales: son los mismos asistentes, la aficion es idéntica, el bullicio igual, las oportunidades de la propia especie, la tecnología muy parecida, y la impaciencia y el cruzamiento de los diálogos, y la contrariedad de las opiniones sobre cuál gallo hiere mas, sube mejor, sale mas á tiempo, revuela, se reboza, huye ó tiene golpe de sentido, si es de ley brava, si vencerá ó será vencido de tal ó de cual modo, si recibió gollete ó lleva toque de cuerda; y otra infinidad de frases por el estilo, forman tal confusa algaravía que el espectador lego no solo no acierta cómo se entenderán aquellas gentes en definitiva, sino que él mismo no comprende cómo van á dirimir su cerrada contienda, tan llena de peripecias, aquellos dos *valerosísimos y hermosos animales, que* con paso igual y armas iguales, luchan con espada y daga hasta morir ó matar, sin mas causa ni otro motivo, que se alcance, que el ser de la misma especie.

Estos gladiadores no son de raza latina como los repugnantes gladiadores romanos, que hacian oficio de divertir al pueblo con sangre humana; no son tampoco de raza anglo-sajona, por mas que hayan dado en llamarlos ingleses; son de raza india, mas valerosa por cierto que las razas que Alejandro y Pompeyo vencieron con fácil triunfo, segun la espresion de César, hace una polladada de siglos, y ricas mil veces mas que los míseros cipayos de estos nuestros dias, que Havelock Nicholson y Wilson arrollan como á manadas de carneros... Por lo que tengo visto en el Circo-gallístico, y por lo que tengo leido en los partes de la India, estoy por asegurar al público, que un gallo inglés arrolla un batallon de indios rebelados, ó lo que es mismo, que un gallo indio arrolla un batallon de cipayos.

Cuando se presencia en el Circo *todo lo que es* un gallo, y se advierte lo que suelen hacer con estos héroes las cocineras, acude involuntariamente á la memoria el triunfo milagroso de Judit sobre Holofornes.

¡Oh Fabio! Aunque te rias,
Detesto la mujer que mata un pollo,
Porque corta en cogollo
Lauros de gloria á los futuros dias.

No se entienda, sin embargo, que aludo al suculento pollo poltron de barbas blancas y cabeza gorda, de donde se desenvuelve el maravilloso *poulé grás*, ni al implume pollo de salon, ó sea pollo humano, que adversativo del *poulé grás*, lo chupan brujas, ó se chupa solo, y dice de sí mismo que lo mengnan amores de matronas egrégias y desvelos que tiene por servirlas. Menguados estos y celados los otros, déjolos á su mísero destino, que solo me contraigo á defender al que nació para mas altos fines que la gula... al pollo infanzon, al niño de gallo inglés.

Porque en verdad, en verdad os digo que no merece morir en pañales quien tal hace, y yo lo he visto.

Saltó un gallo al redondel,
Colorado y muy derecho,
Y un jiro de pelo en pecho
Salió á medirse con él
Dentro del recinto estrecho.

Miráronse frente á frente
Con miradas muy feroces,
Y se embistieron á coces
Con desprecio de la gente
Que allí estaba dando voces.

Pasó el jiro á su contrario
Al comenzar las subidas;
Y hubo esperanzas perdidas
En aquel público vario,
Y apuestas no recibidas.

Pero como se pasara
Por sobra de corvejones,
Recogiendo los alones
Hirió al contrario en la cara
Con entrambos espolones.

Hubo de saberle mal
Al colorado la fiesta,
Pues con cólera funesta
Volvió sobre su rival
Y le ensangrentó la cresta.

El jiro con tal fiereza
Respondió al sentirse herido,
Que dió *golpe de sentido*
Al contrario en la cabeza
Y se lo dejó tendido.

Y en el estadio sangriento
Aun pugnaba por luchar
Vuelto de su aturdimiento;
El que hubieron de apartar
Gallo color de pimiento.

Fue la segunda pelea
Tambien de un jiro Real
Contra un rojo, en peso igual,
Para que la lucha sea
Peso á peso y tal á tal.

Rompió el gallo colorado
Tan poseido de ira,
Que por todas partes tira;
Mientras el otro pausado
Mide el golpe y se retira.

Hasta que ya conociendo
Que su contrario está loco,
Empieza á tenerlo en poco,
Y sus fuerzas va midiendo
Y le pega un soplamoco.

Sale el rojillo por piés
Para buscar una treta,
Y aquí el gallo jiro inglés
Lo deja muerto á sus piés
Como con una escopeta.

Gran tumulto se levanta
De aplausos y gritería,
Entre tanta gente y tanta
Que puso dinero á manta
Por aquella jaca pía.

Al punto salió un jabado
Contra otro rojo tambien,
Y en el rudo quien á quien
Quedó el claro despicado
En el primer Santi-Amen.

Van apuestas por el rojo
Que á varios causara celo,
Mas el claro entró á revuelo
Y hubo de sacar un ojo
A su enemigo en el duelo.

Y en aquel funesto trance
Poniendo el ojo contrario,
Busca el rojo á su adversario
Que le tira un nuevo lance
Y lo vuelve un Belisario.

Perdió él rojo, y sale un jiro
Contra otro retinto fiero,
Gran fama tiene el primero,
Pero se ve al primer tiro
Que va á perder el dinero.

Lo apoyaba gente noble,
Y en él se via el regalo,
Pero llevó tanto palo
Que aunque el gallo fuera un roble
Hoy debe hallarse muy malo.

Y empezó el careo quinto
Con dos gallos desiguales,
Porque tres onzas cabales
Le llevaba el mas retinto
Al de rubios carcañales.

A los primeros pechecs
Conoció la diferencia
El gallo lleno de ciencia,
Que salió dando rodeos
Dictados por la esperiencia.

¡Mas ay! que aquella cautela
Le trajo daño infinito,
Porque vendo á toda vela
Le entró la contraria espuela
Por el *bocado esquisito*.

¡Cayó el gallo Satanás
Por primera vez vencido!
Que el destino no ha querido
Que venza á quien pesa mas
Pero no porque haya huido.

Y se marcharon las gentes
A la fiesta de novillos;
Que si la hubiese de grillos,
Tambien fueran concurrentes
Hombres, hembras y chiquillos.

LAS DOS GLORIAS.

Recorriendo *un dia los templos de Madrid* el célebre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens, acompañado de sus renombrados discípulos, penetró en la iglesia de un humilde convento, cuyo nombre no designa la tradicion.

Poco ó nada encontró que admirar el ilustre artista en aquel pobre y desmantelado templo, y ya se salia para seguir sus investigaciones, cuando percibiendo un cuadro medio oculto en las sombras de una capilla, acercóse á él y lanzó un grito de asombro.

Sus discípulos le rodearon al momento, preguntándole:

—¿Qué habeis pescado, maestro?

—¡Mirad! dijo Rubens señalando al cuadro por toda contestacion.

Los jóvenes se quedaron tan maravillados como el autor del *Descendimiento*.

Representaba aquel cuadro la muerte de un religioso. Era este muy jóven y de una belleza que ni la penitencia ni la agonía habian podido eclipsar.

Hallábase tendido sobre los ladrillos de su celda, velados ya los ojos por la muerte, con una mano estendida sobre una calavera y abrazando con la otra á su corazon un crucifijo de madera y cobre.

En el fondo del lienzo se percibia otro cuadro que figuraba estar colgado de la pared de la celda encima del lecho, de donde indudablemente habia salido el religioso para morir con mas humildad sobre la dura tierra.

Aquel segundo cuadro representaba una mujer tambien jóven y hermosa, pero muerta tambien y tendida en el ataud entre fúnebres blandones y negras y lujosas colgaduras.

Nadie hubiera podido mirar estas dos escenas, contenida la una en la otra, sin comprender que se esplicaban y completaban recíprocamente. Un amor desgraciado, una mujer muerta, un desengaño de la vida, un olvido eterno del mundo, hé aquí el drama misterioso que brotaba de los dos pavorosos cuadros que encerraba aquella obra.

Por lo demás, el color, el dibujo, la composicion, todo revelaba un génio de primer órden.

—Maestro, ¿de quién puede ser esta magnífica obra? preguntaron á Rubens sus discípulos, que ya habian alcanzado el cuadro.

En este ángulo ha habido un nombre escrito, respondió el maestro; pero hace muy pocos meses que ha sido borrado. En cuanto á la pintura, no tiene arriba de treinta años ni menos de veinte.

—Pero el autor...

—El autor, segun el mérito del cuadro, pudiera ser Velazquez, Zurbarán, Ribera ó Murillo. Pero Velazquez no siente de este modo. Tampoco es Zurbarán, si atiendo al color y á la manera de ver el asunto. Menos aun debe atribuirse á Murillo ni á Ribera: aquel es mas tierno y este es mas sombrío, y ademas eso no pertenece ni á la escuela del uno ni á la del otro. En resúmen: yo no conozco al autor de este cuadro, y hasta juraria que no he visto jamás obras suyas. Voy mas lejos: creo que el pintor desconocido que ha legado al mundo esta sublime obra, no perteneció á ninguna escuela, ni ha pintado quizás mas cuadro que este, ni hubiera podido pintarle que se le acercara en mérito, sin embargo del genio inmenso que acredita. Esta es una obra de pura inspiracion, un asunto propio, un reflejo del alma, un trasunto de la vida... ¿Quereis saber quién ha pintado ese cuadro? ¡Pues lo ha pintado ese mismo muerto que veis en él!!

—¡Eh! maestro... ¡Vos os burlais!

—No: yo me entiendo.

—Pero ¿cómo concebis que un difunto haya podido pintar su vida?

—¡Concibiendo que un vivo pueda pintar su muerte!

—¡Ah! ¿creeis vos?...

—Creo que aquella mujer que está de cuerpo presente en el fondo del cuadro, era el alma y la vida de este fraile que agoniza contra el suelo: creo que cuando ella murió, él se creyó tambien muerto y murió efectivamente para el mundo: creo, en fin, que esta obra, mas que el último instante de su héroe ó de su autor, que indudablemente son una misma persona, representa la profesion de un jóven desengañado de la vida.

—De cualquier modo...

—De cualquier modo el asunto tiene fecha y el olvido todo lo cura. Necesitamos buscar al desconocido artista y saber si llegó á ejecutar mas obras.

Y así diciendo Rubens, dirigióse á un fraile que rezaba en el altar mayor y le dijo con su desenfado habitual.

—¿Quereis decirle al padre prior que quiero hablarle de parte del rey?

El fraile, que era hombre de alguna edad, se levantó trabajosamente y dijo con voz humilde y quebrantada.

—¿Qué me quereis? Yo soy el prior.

—Perdonad, padre mio, replicó Rubens, que interrumpa vuestras oraciones. ¿Pudiérais decirme quién es el autor de este cuadro?

—¿De ese cuadro? repitió el religioso. Yo no me acuerdo.

—¿Cómo? ¿Lo habeis sabido y habeis podido olvidarle?

—Sí, hijo mio: lo he olvidado completamente.

—Pues, padre, dijo Rubens con aire de burla y de mal humor: ¡teneis muy mala memoria!

El prior se volvió á arrodillar.

—¡Vengo en nombre del rey! gritó Rubens incomodado.

—¿Qué mas quereis, hermano mio? murmuró el fraile levantando lentamente la cabeza.

—¡Compraros este cuadro!

—Ese cuadro no se vende.

—Pues bien: necesito saber dónde encontraré á su autor.

—Eso es tambien imposible. Su autor no está ya en el mundo.

—¡Ha muerto! exclamó Rubens con desesperacion.

—Decia bien el maestro, murmuró uno de los jóvenes: ese cuadro está pintado por un difunto.

—¡Ha muerto! repitió Rubens: ¡y nadie le ha conocido! ¡y se ha olvidado su nombre! Su nombre, que debia ser inmortal! ¡su nombre que hubiera eclipsado el mio!—Sí; *el mio*...padre, añadió el artista con noble orgullo: ¡yo soy Pedro Pablo Rubens!

A este nombre glorioso, que ningun hombre consagrado á Dios desconocia ya por ir unido á cien cuadros místicos, verdaderas maravillas del arte, el rostro pálido del prior se enrojeció súbitamente, y levantando sus abatidos ojos, los fijó en el semblante del flamenco con tanta veneracion como sorpresa.

—¡Ah! me conocíais, exclamó Rubens con infantil satisfaccion. Me alegro en el alma. Así sereis menos prior y menos fraile conmigo. Con que... ¡vamos! Me vendeis el cuadro?

—Eso es imposible, respondió el prior.

—Pues bien; ¿sabeis de alguna otra obra de ese genio malogrado? ¿No podreis recordar su nombre? ¿Quereis decirme cuándo murió?

—Me habeis comprendido mal, replicó el fraile. Os he dicho que el autor de esa pintura no pertenecia al mundo; pero esto no ha sido deciros que haya muerto.

—¡Oh! ¡vive! ¡vive! exclamaron todos los pintores. ¡Haced que le conozcamos!

—¿Para qué? el infeliz ha renunciado todo lo de la tierra: nada tiene que ver con los hombres... ¡nada!

—¡Oh! dijo Rubens con exaltacion. ¡Eso no puede ser, padre mio!

Cuando Dios enciende en un alma el fuego sagrado del genio, no es para que esa alma se sepulte en la oscuridad, sino para que cumpla su mision sublime de iluminar el alma de los demás hombres. Nombradme el monasterio en que se oculta el grande artista y yo iré á buscarle y lo devolveré á la sociedad.

¡Oh! ¡cuánta gloria le espera!

—Pero... ¿y si la rehusa? preguntó el prior.

—Si la rehusa, acudiré al papa, con cuya amistad me honro, y el papa le convencerá mejor que yo.

—Ved por lo que no os diria el nombre de ese pintor aunque lo recordase: ved por lo que no os diré á qué convento se ha refugiado.

—Pues bien, padre; el rey y el papa os lo harán decir, respondió Rubens exasperado.

—¡Oh no lo hareis! exclamó el fraile. ¡Haríais muy mal, señor Rubens!—Llevaos el cuadro si quereis; pero dejad tranquilo al que descansa. ¡Os hablo en nombre de Dios! Sí; yo he conocido, yo he amado, yo he consolado, yo he redimido, yo he salvado de entre las olas de la sociedad, náufrago y agonizante, á ese grande hombre, como vos decis, á ese infortunado y ciego mortal, como yo le llamo; olvidado ayer de Dios y de sí mismo; hoy cercano á la suprema felicidad. ¡La gloria! ¿Conoceis alguna mayor que á la que él aspira? ¿Con qué derecho quereis resucitar en su alma los fuegos fátuos de las vanidades de la tierra cuando arde en su corazon la pira inestinguible de la caridad? —¿Creeis que ese hombre, antes de dejar el mundo, antes de renunciar á la fortuna, á la fama, al poder, á la juventud, al amor, á todo lo que desvanece á las criaturas, no habrá sostenido una ruda batalla con su corazon? ¿Y querreis volverle á la lucha cuando ya ha triunfado? ¿No adivinais los desengaños, las penas, las amarguras que le llevarian al conocimiento de la verdad de las cosas humanas?

—¡Pero eso es renunciar á la inmortalidad! gritó Rubens.

—Eso es aspirar á ella.

—¿Y con qué derecho os interponeis vos entre ese hombre y el mundo? Dejad que le hable y él decidirá.

—Lo hago con el derecho de un hermano mayor, de un maestro, de un padre, que todo esto soy para él! ¡Lo hago en el nombre de Dios, os vuelvo á decir!—Respetadlo para bien de vuestra alma.

Y, así diciendo, el religioso cubrió su cabeza con la capucha y se alejó á lo largo del templo.

—Vámonos, dijo Rubens. Yo sé lo que me toca hacer.

—Maestro, exclamó uno de los discípulos, que durante toda la anterior conversacion habia estado mirando alternativamente al lienzo y al religioso: ¿no creeis como yo que ese viejo frailuco se parece mucho al jóven que se muere en este cuadro?

—¡Calla! ¡pues es verdad! exclamaron todos.

—Restad las arrugas y las barbas y sumad los treinta años que manifiesta la pintura, y resultará que el maestro tenia razon cuando decia que ese religioso muerto era á un mismo tiempo retrato y obra de un religioso vivo. Ahora bien, ¡Dios me confunda si ese religioso vivo no es el padre prior!

Entre tanto Rubens, sombrío, avergonzado y enternecido profundamente, veia alejarse al anciano, el cual le saludó cruzando los brazos sobre el pecho poco antes de desaparecer.

—*El era*... si... balbuceó el artista.—¡Oh! Vámonos, añadió volviéndose á sus discípulos. Ese hombre tenia razon. Su gloria vale mas que la mia. ¡Dejémosle morir en paz!

Y dirigiendo una última mirada al cuadro que tanto le habia sorprendido, salió del convento y se dirigió á palacio, donde le honraban SS. MM. teniéndole á la mesa.

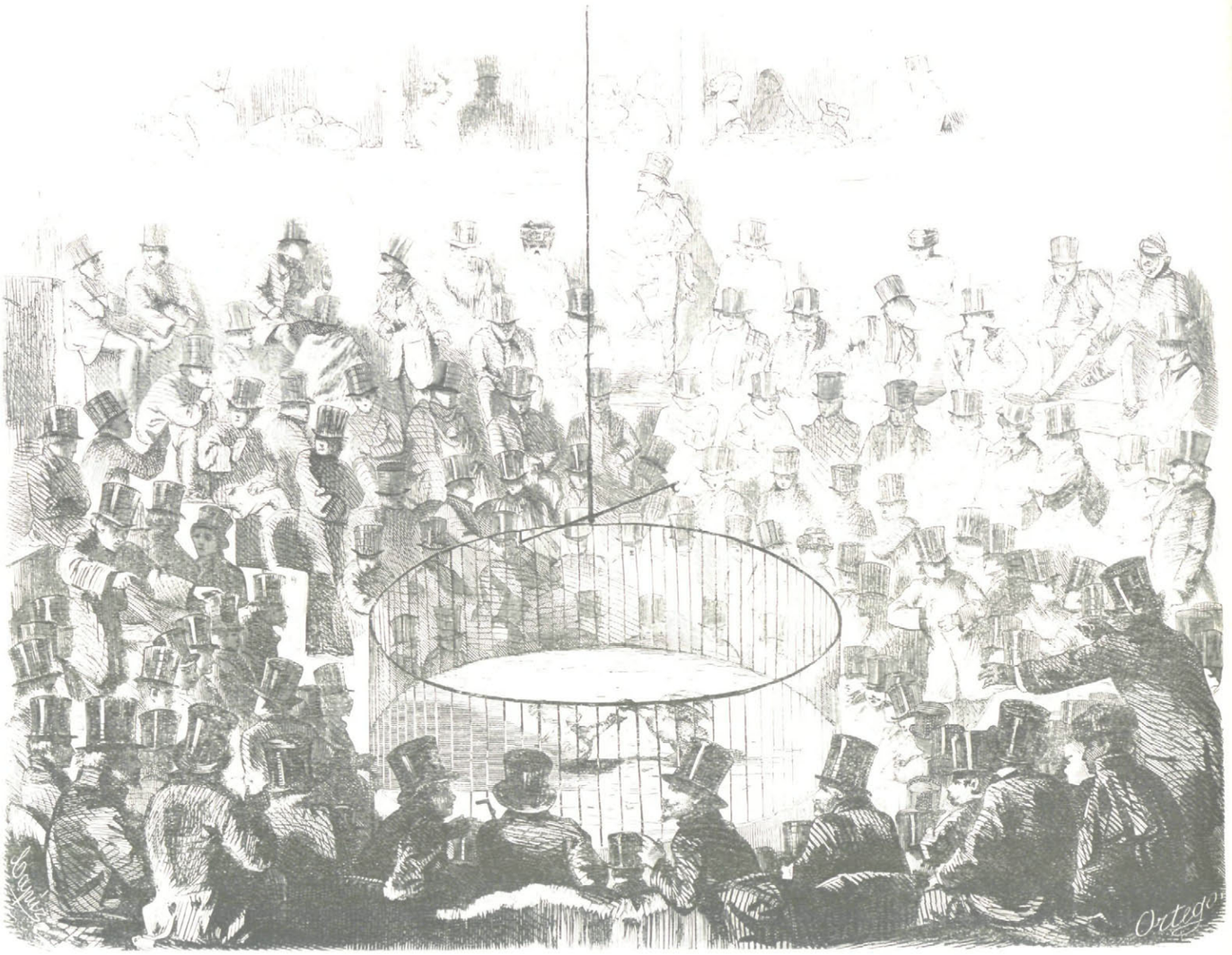
Tres dias despues volvió en busca del cuadro, con objeto de sacar una copia, y halló que habia desaparecido.

En cambio se encontró con que se celebraba una misa de *requiem*.

Acercóse á mirar el rostro del difunto que estaba de cuerpo presente en medio de la iglesia y vió que era el padre prior.

—¡Gran pintor era! dijo Rubens.—Ahora es cuando mas se le parece!

(La firma está borrada.)



CIRCO DE GALLOS DE RECOLETOS.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Máscaras, bailes, rifas, teatros; tales son los únicos objetos que prestan materia á esta revista: posicion comprometida para un escritor que ni se disfraza, ni baila, ni rifa, ni frecuenta demasiado los espectáculos.

Empecemos por donde Dios nos dé á entender y acabaremos como Dios quiera. En vano los políticos gritan que estamos sobre un volcan; en vano los fondos bajan, y los temores de guerra europea arrugan la frente de los bolsistas y de los hombres de Estado: sobre ese volcan baila una juventud risueña y placentera, sedienta de goces, *olvidada del ayer é indiferente al mañana; los mismos* hombres graves se despojan en ciertas noches de su ceño y tomando una amable sonrisa asisten á los salones aristocráticos y aun á otros modestos salones donde esperan que su grandeza no será conocida y donde gustan de rivalizar con los simples mortales.

El teatro de la Zarzuela dió el 1.º de mes el gran baile que estaba anunciado, y todo pasó segun se habia prometido en el programa. Este elogio no parecerá frio á los que recuerden cuántas veces los programas han mentido, siendo un cebo engañador para atraer incautos. El teatro Real ha inaugurado tambien el otro dia los bailes de esta temporada; muchas notabilidades políticas y danzantes habian sido invitadas á la funcion: y el ruido de los carruajes que iban, venian ó cruzaban por las inmediaciones de aquel templo de Euterpe, convertido en templo de Terpsícore, Venus y Baco, no dejó dormir en toda la noche á los pacíficos habitantes de las casas situadas á trescientas varas en contorno.

La Matilde Diez, despues de haberse presentado á la reina acompañada de su esposo é hijo, se ha presentado al público en el teatro del Circo. El entusiasmo popular y el periodístico *han llegado en esta ocasion al grado mas* sublime: pero aunque el primero ha sido grande, el segundo ha superado al primero. ¡Es nuestra lengua tan rica, tan abundante en hipérboles! Por lo demás, el mérito de la actriz es grande. Ha desempeñado los papeles en que mas brilla, los que se llaman de su repertorio: *Borrascas del Corazon*; *Pena del Talion*; *etc.* Esperamos verla en alguna obra nueva: no faltará un buen poeta que escriba para esta distinguida actriz.

La empresa del teatro de Novedades va á sufrir una modificacion. Parece que el pensamiento es dar en el teatro de la Plaza de la Cebada dramas de grande espectáculo. Entre tanto, despues de *Culpa y Castigo* nos ha dado *Diana de San Roman*, arreglo del señor Gonzalez.

Diana de San Roman es un drama francés con toda su bella estructura artística y todos sus defectos en el fondo. Una mujer jóven y hermosa, despechada por haber sido víctima del engaño de un falso amante, se propone vengarse de él en todo el sexo feo. Logra inspirar amor á un jóven cándido, inocente, rubio, (se ha observado que los rubios son mas inocentes que los morenos) todo fuego, todo candor y *devouement*. Diana se burla de sus protestas: él jura que se matará si no le corresponde. ¡Tantos han hecho el mismo juramento y luego no le han cumplido! Diana juzga, como era de esperar, que su nuevo amante es uno de tantos, y ella misma para mayor escarnio le dá el puñal, *eso sí un puñal muy bonito*, que ella llevaba sin duda para ofrecerle en ocasion oportuna á todo penitente que quisiera hacer uso de él. Pues señor, el jóven coge el puñal ¿y qué hace? va y se mata, pero antes de hundir en su blanco pecho el arma querida y fatal escribe una carta á su hermano Alfonso, esplicándole los motivos y razones de su determinacion. Es una carta á modo de preámbulo del suicidio: sabido es que todos los suicidas dejan escrita una carta.

Alfonso la lee, se entera de lo que ha pasado y se va derechito á casa de Diana que ignora el suceso. ¿Va á abrumarla con su maldicion? Nada de eso, va á hacer con ella una apuesta. Diana apuesta á que le inspirará amor y él á que le amará Diana.

Pasan dias y dias y Alfonso siempre de incógnito hace la corte á la bella. Esta da un baile: un doctor, es decir, un médico (porque ahora en todos los dramas hay un médico) se desvela por su bien, la proteje, la mima. Sabiendo que Alfonso guarda en su casa una cajita con un retrato, soborna á un criado para que se la entregue. El criado se la lleva al baile; el doctor la pone sobre una mesa, y llama á Diana.—Diana, ahí tiene Jorge (nombre supuesto de Alfonso) el *retrato de tu rival*.—Los zelos despiertan el amor de Diana, y llama á Alfonso para que le entregue la llave de aquel tesoro. Alfonso no cede si no le promete antes aceptarle por esposo: y ella que no se pára en barras llama á toda la concurrencia; acuden los convidados y delante de todos anuncia su próximo enlace. Recibe entonces la llave, abre el cofrecillo ¡gran Dios! lo primero que ve es el retrato de Raimundo el muerto y despues su puñal ensangrentado. Alfonso se declara: la ha hecho la córte por vengar á su hermano: ha conseguido hacerse amar y á su vez desprecia, y se ausenta.

Pasan dias y años y Diana se ha vuelto loca: aquí la *necesidad del doctor es patente*, y *bien supo* el poeta para qué lo introducia en el drama. El doctor la cuida, escribe á Alfonso, hace que la vea y por medio de otra peripecia concluye por obtener el perdon del uno y la curacion de la otra.

La Rodriguez hizo una Diana muy aceptable para un Alfonso de buen gusto. Nosotros la habiamos perdonado ya antes que el hermano del difunto.

En el Príncipe se ha representado el *Segundo amor*, arreglado del inglés. En este segundo amor se trata de un coronel que anda á caza de gangas, lo cual no es raro, de un primo como hay pocos, y de una prima ciega que al fin recobra la vista para casarse con su primo. La Palma es en este drama una ciega de primer órden, y Osorio en el papel de criado malicioso hizo reir al público.

La Zarzuela ha puesto en escena el *Cajitan Español*, pero por pocos dias. En la revista de inspeccion que el público hizo entonces, decidió dejarle de reemplazo. No sucederá así con el *Robo de las Sabinas*.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geroglífico.

La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4, 1859.